

AMELINA CORREA RAMÓN: "*¿QUÉ MANDÁIS HACER DE MÍ?*" UNA HISTORIA
DESVELADA DE RELECTURAS TERESIANAS EN EL CONTEXTO CULTURAL DE
ENTRESIGLOS

Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2019, 278 pp.

ANTONIO PRAENA
FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN VICENTE FERRER DE VALENCIA

El magisterio tiene una misión. La teología y los teólogos tienen una misión. Los escritores tienen una misión. Los estudiosos de la literatura tienen una misión. Son inintercambiables y necesarias. De lo contrario, aquello que afirmaba el teólogo Han Urs von Balthasar, quedaría vaciado de sentido: "la verdad es sinfónica". Para que la verdad sea sinfónica, no pueden acallarse los diversos elementos melódicos, rítmicos, instrumentales que conforman la sinfonía de la sinfonía. También a la hora de acercarnos a los místicos y releer su pensamiento a través de su influjo en otras voces. En este caso, al tratarse de una autora cristiana, su obra no sólo es relevante para la espiritualidad y la literatura, sino también para la teología, arrojando cuestiones y respuestas que permiten al magisterio interpretar su propio corpus dogmático con nuevos y enriquecedores aportes.

El magisterio ha de velar por la unidad que, en seriedad, se construye en torno a un credo que significa profundidades y, por lo que a palabras se refiere, es parco y sencillo. Varios siglos de pensamiento teológico concretado en 163 latinas palabras. Pero el magisterio católico tiene un cometido y la teología



otro. No todo lo que la teología propone ha de pasar a considerarse materia de fe. Tampoco el magisterio ha de suponer un *a priori* que limite a la teología cumplir su llamada a buscar nuevos marcos de comprensión y de lenguaje a la revelación judeocristiana.

Los teólogos, a través del pensar y del decir en que consiste su servicio (diaconía), una llamada que se recibe y, por tanto, un servicio que ha de ser humilde y realmente encarnado en nuevas coordenadas y lenguajes, están invitados a dejar que ese contenido despliegue su sentido en la historia, en las nuevas encrucijadas a las que los hombres y mujeres de cada tiempo se ven abocados. Por eso no estarían cumpliendo su misión si no pudieran, no quisieran o se dejaran invadir por el miedo. Ello no quiere decir que siempre sus planteamientos estén exentos de riesgo y fracaso. Más bien significa que el signo de su pensar consiste en afrontar la duda y el riesgo. No pueden dejar de hacerse preguntas. Tampoco pueden dejar de bregar con el lenguaje, que es una corriente viva y cambiante. Han de mirar a la ciencia, las disciplinas humanas, los retos éticos, sociales, psicológicos, sexuales.

En este resonar sinfónico de la verdad, también la literatura tiene una misión indispensable. Santa Teresa no fue una teóloga. De entre los niveles de conocimiento de Dios que se pueden distinguir (distinguir, no separar) el de Teresa fue el conocimiento místico y por experiencia. Lo cual la llevó a ser reconocida como doctora de la Iglesia, algo que la sitúa en la cumbre y excelencia de la teología por caminos que no son teológicos, sino más bien amorosos. Este conocimiento suyo no se plasmó en sistemas de pensamiento filosófico ni escolástico alguno, sino en literatura. Es algo así como si de ella pudiéramos decir: en el corazón de la fe cristiana, yo seré la literatura. Por ello decimos que los escritores tienen una misión de parte de la divinidad que ningún otro oficio puede sustituir. Y, por ir más lejos, permitiéndonos esta vuelta de tuerca, también los estudiosos de la literatura tienen su melodía irremplazable en la belleza sinfónica de la verdad. Y este es el caso de la investigación de Amelina y de esta obra, "¿Qué mandáis hacer de mí?". Su aportación nos es imprescindible. Porque el ser humano es palabra, se hace humano en la palabra y, por lo tanto, la exclusión de la palabra supondría una exclusión de lo humano. Ya dijo, citando a Terencio, el mismo San Juan XXIII



que “nada humano me es ajeno”. Nada humano es ajeno ni a la fe ni a la teología.

Pero aún hay más. Algo más concretamente referido al libro que reseñamos. Proyectamos sobre él la afirmación de Gadamer según el cual Dios y la cuestión de Dios no fue excluida de la Modernidad. Para Gadamer, Dios se perpetuó en la modernidad, solo que, en vez de hacerlo en la filosofía o en la teología, lo hizo en la literatura. El libro que Amelina Correa ha tejido se centra en las relecturas de Santa Teresa en el contexto cultural de entresiglos. Un periodo histórico en el que la modernidad extrema sus principios. A las puertas están las revoluciones obreras, la eclosión de los fascismos, la casi dogmatización del psicoanálisis, las incipientes reivindicaciones feministas, los primeros estudios sobre la sexualidad humana, así como también el auge, en lo que a lo teológico se refiere, de interpretaciones tan antagónicas como el fideísmo y el racionalismo. En la literatura de este entresiglos, que eruditamente aborda Amelina, bulle, está bullendo, la cuestión de Dios. Creo que no es sólo mi impresión sobre el trabajo de esta catedrática. Una cosa aparece con claridad: ¿acaso no se trata, en el fondo de estas relecturas heterodoxas de la persona de Teresa, de un verdadero interés, casi una pulsión irracional, por averiguar cuánto, hasta dónde, cómo, por qué, para qué... qué puede llegar a provocar el encuentro, la relación íntima con Dios en la persona humana, a través del ser femenino y apasionado de Teresa?

No es casualidad que el apasionante momento estudiado por Amelina conduzca a algunos de los personajes que ella aborda al centro de los conflictos mismos de la Modernidad. Edith Stein, Santa Benedicta de la Cruz, la mujer judía agnóstica que se convierte al catolicismo y acaba haciéndose monja carmelita, morirá en Auschwitz, víctima de la solución final planificada por el nacionalsocialismo. También el Padre Eusebio del Niño Jesús, otra de las figuras teresianas abordadas en este volumen, será martirizado junto a otros 15 compañeros carmelitas del Convento de Toledo (cuya biblioteca de 30.000 volúmenes fue pasto de las llamas) en los primeros días de la Guerra Civil española.

Es la obra de estos personajes testimonio de su tiempo. Los amantes de la literatura, ese es el tesoro que nos lega Amelina en este estudio, entresacan



de los libros tanto la necedad como la sabiduría de un tiempo que mejor se comprende en sus escritores que en sus teóricos, porque los escritores van al alma de los acontecimientos, a su eco en las personas vivas y en los personajes que los encarnan, más allá de las crónicas que suman hechos, pero no acaban de hilvanar el sentido de los mismos. El sí a Dios y el no a Dios, como fuerzas tensionales en el drama del hombre, resuenan en esos testigos, los libros.

No quiero dejar de subrayar un elemento que puede pasar por obvio en la lectura de "¿Qué mandáis hacer de mí?". Se trata de la numerosa y variada nómina de autoras cuya vida, bajo signos muy distintos, no podría ser comprendida sin el influjo de Santa Teresa y su obra. De estas figuras la investigadora Correa nos muestra no sólo su perfil sino sus profundidades. Son los nombres de Teresa de Lisieux (doctora también de la Iglesia), Karl Huysmans, autor paradigmático de la literatura decadentista, quien en 1892 experimenta una especie de epifanía que le hace volver los ojos al catolicismo y quien, antes de retirarse a un monasterio, publica la novela *En route*, donde la figura de Teresa es crucial, defendiendo la figura de la Santa de un tipo de argumentación biopsicológico que vinculaba sus visiones y experiencias a una dolencia considerada típicamente femenina en la época como era la histeria.

Ya hemos mencionado la figura de Edith Stein (santa). Exterminada en Auschwitz por judía, privada de cátedra por mujer y por judía, en su conciencia como mujer, mística y escritora es determinante la figura de la santa de Ávila. Pero, sin duda, el personaje más profusamente tratado en este estudio es el de Amalia Domingo Soler, quien en los episodios "¡Te perdono! *Memorias de un espíritu*", publicados en la revista *La Luz del Porvenir*, recoge las revelaciones de Iris, nombre tras el cual se encontraría la mismísima Teresa de Jesús. En estos episodios, a través de las revelaciones de Iris, que habla desde el más allá, Amalia recibe como médium el encargo de desvelar la supuesta verdad profunda de Teresa de Jesús, que habría sido manipulada y tergiversada por la oficialidad católica, sacando a la luz por fin una transgresora versión de su reforma, de sus experiencias místicas y un mensaje perturbadoramente subversivo.



Haciendo abstracción de las revelaciones manifestadas por Iris/Teresa y transcritas por Amalia -pues es también cometido de la teología abstraer para distinguir fondo y figura, mensaje y forma, sentido último y circunstancias- una cosa es indudable: la relectura teresiana llevada a cabo en el contexto espiritista de Amalia viene a poner en primer término dos cosas. Por un lado, un sincero interés por reencontrar el evangelio más comprometido con los pobres, presos, enfermos, niños, ancianos (Amalia será tenida por una santa laica en el Barrio de Gracia). Por otro, una reivindicación de la tarea literaria desempeñada por mujeres, llegando Amalia a proponer la necesidad de cambiar el sistema de educación femenina. Por un camino más, encontramos que la figura de Teresa se convierte en este periodo de entresiglos en un nuevo aliciente de liberación evangélica y feminista.

El estudio de Amelina nos sorprenderá, finalmente, porque, desde esta diaconía literaria suya, resuelve con milagrosa sencillez un debate que estaba presente en el siglo XIX. La dialéctica entre modernistas y tradicionalistas, atravesará el s. XX y está hoy también presente en el ámbito teológico. Me refiero a la dicotomía entre quienes procuran la comprensión, interpretación y expresión de la fe cristiana a la luz de los nuevos tiempos, incluido el *aggiornamento* de la iglesia misma (que ya afrontó con decisión el Concilio Vaticano II) y quienes ven en ello un indebido modo de concesión, empatización o cesión a progresías de moda. La relectura Teresiana, con toda la potencia de libertad que ella conlleva, sea o no plenamente consciente Amelina Correa de esa fuerza, la lleva a señalar que no es una concesión, superficial acomodación o desvirtuación de su propia fe lo que ha de llevar a la teología a superar el desfase entre la iglesia y la cultura; sino por propia y radical fidelidad a lo que es, por coherencia con su fundador, en inspiración por el Espíritu Santo que -según la misma Iglesia afirma de sí misma- la ha de conducir por el tiempo. El diálogo con los nuevos tiempos viene exigido por la entraña vital del cristianismo; es la fidelidad al origen la que nos empuja a encarnar el Evangelio en el hoy, pues el Evangelio ya es una encarnación en el tiempo. De esta obra de Amelina Correa, sin entrar en dialécticas, así se infiere con coherencia.